

LUIS MARÍA OLASO, S.J.

El 11 de Junio pasado murió el P. Luis María Olaso. La revista SIC -de la que, por cierto, fue, él mismo, amigo consecuente y colaborador- quiere que escriba siquiera unas líneas que puedan servir como retrato de su personalidad o como resumen de su obra. Intentaré aquí algo de eso, aunque -nada amigo de panegíricos ni de pompas fúnebres, lo confieso- soy más bien partidario de despedir a los muertos en silencio. Sobre todo, a los más cercanos. Siempre he pensado que ésa es la mejor expresión del respeto que se merecen. Las palabras dicen, pero también desdícen. Además y paradójicamente, menos vivos permanecen quizás los muertos cuanto mayor es el empeño nuestro por recordarlos en pretérito.



José Ignacio Rey

Desde luego, el P Olaso fue todo un personaje, en aparente contraste con su natural discreción y comedimiento, y al margen de cualquier pretensión personal. Personaje, además y como se dirá, extraordinariamente singular. Me atrevería a decir que absolutamente irrepetible. Uno de esos hombres que dejan estela a su paso y frente a los cuales es imposible quedar indiferente.

A MANERA DE BIOGRAFÍA

Había nacido el año 1916 en la ciudad capital de Navarra, tierra de gentes recias, caracterizadas por un gran sentido de la propia dignidad y autonomía. Familia de clase media, tradicional y católica. Graduado de abogado en 1936, con alguna experiencia profesional posterior y, sobre todo, con la experiencia de toda una guerra civil a la espalda, ingresa en la Compañía de Jesús en 1942. Precisamente en Loyola, pequeño caserío vasco, casa natal de San Ignacio. En ese mismo lugar, tras largos años de estudio y preparación por diversas geografías, llegará a ordenarse de sacerdote en 1953.

Completada su formación como jesuita, el P. Olaso llega a Venezuela en 1955, por cierto, en barco y de noche. Era la época de Pérez Jiménez. "Cuando llegué a la costa venezolana -escribirá él mismo más tarde- vi aquella cantidad de ranchitos en La Guaira y me asusté un poco. Al día siguiente, ya en Caracas, vi a unos niños jugando pelota y les oí hablar. No les entendía nada y pensé que tendría que aprender un nuevo castellano". En diciembre de aquel mismo año, Olaso ya era venezolano por naturalización. Nueva patria a la que tanto amó, en la que vivió y a la que dedicó 42 años de su vida.

El centro de sus actividades fue siempre la Universidad Católica, en Esquina de Jesuitas y luego en el valle de Montalbán. Primero como Director de la Escuela de Letras, después de Psicología, pronto y por largo tiempo (1958-68) Director de su querida Escuela de Derecho, finalmente Decano de la misma Facul-

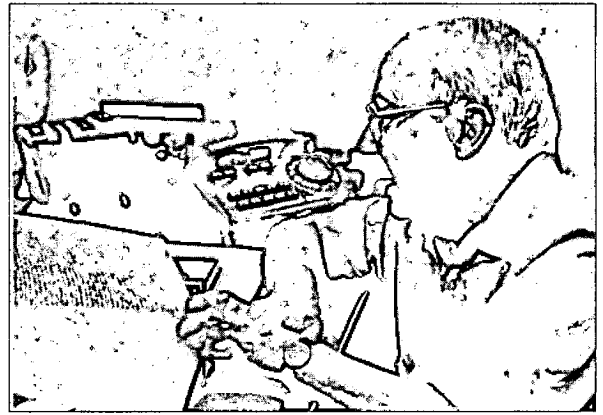
tad. Desde 1971 y prácticamente hasta su muerte, fue profesor también en la Escuela de Derecho de la Universidad Central. Ningún cargo administrativo llegó a comprometer su tarea principal: enseñar y educar. En el aula y fuera del aula, Olaso era, por encima de todo, docente y maestro.

En ese mismo contexto docente y en base a su criterio de que no existe verdadera formación sin contacto con la realidad, es donde hay que situar la rica experiencia de las Clínicas Jurídicas (asesoramiento legal gratuito), de las que fue eximio pionero. Su obra escrita principal, el libro de texto "Introducción al Derecho", es todavía hoy referencia obligada en todas nuestras universidades.

Junto al Olaso académico y sin dejar nunca de ser maestro, destaca el Olaso sacerdote. Promotor y asesor tanto del Movimiento por un Mundo Mejor (MMM) como del Movimiento Universitario Católico (MUC), reunido regularmente con diversos grupos en Cursillos y Ejercicios Espirituales, dirigió a partir de 1982 la Parroquia Universitaria de la Universidad Central, a cuyo equipo jesuítico y hasta su muerte pertenecía desde 1972.

Capítulo aparte merece su paso por la Fiscalía General de la República, desde que en 1989 asume ahí la Dirección de Derechos Humanos. Se sabe rodear pronto de un equipo de jóvenes profesionales y, en circunstancias bien difíciles y adversas (entre otras, dos intentos de "golpe de Estado"), se convierte en paradigma de la defensa de los derechos humanos en Venezuela. Entre sus prioridades en el cargo: régimen penitenciario y problema carcelario, ley de vagos y maleantes, justicia militar, derechos de los indígenas. A propósito de sus actividades, llegó a expresar él mismo con un cierto toque de aparente ingenuidad: "En esa época viajé mucho por Venezuela, cada vez que había problemas en alguna cárcel. Eso me hizo popular y salía mucho por televisión". Lo cierto es que fue respetado por todos. Quizás también temido por algunos.

*Fortaleza y valor.
Tenaz en sus propósitos,
llegaba donde creía
que debía llegar.
Con la solidez
de un peso pesado,
desconcertaba
a cualquiera
con la suave amabilidad
de sus formas*



Retirado ya de la Fiscalía y a menos de un año de su muerte, se expresaba así ante el Parlamento Latinoamericano, reunido en Caracas: “Se nos acusa de que privilegiamos la defensa de los delincuentes, en detrimento de la sociedad. Se olvida entonces que ha sido precisamente la sociedad, a través de sus representantes, quien ha creado esas normas fundamentales. El derecho a la paz, a la seguridad pública, a la justicia, no puede estar, no está reñido con las garantías fundamentales de las personas individualmente consideradas. Tenemos la obligación, y la seguiremos cumpliendo, de investigar las violaciones a los derechos humanos, provengan de donde provengan”. Pienso que es particularmente ilustrativo de su mentalidad y vale la pena citar el párrafo subsiguiente: “Sin ceramente creo que el incremento de la delincuencia y de la inseguridad pública encuentran sus reales explicaciones en otros fenómenos y circunstancias, como la impunidad, la corrupción, la extensión de la pobreza, el desempleo y la desconfianza, la incertidumbre, la falta de capacidad de investigación de las policías, el aumento del narcotráfico y del narcolavado, la desorganización urbana, la pésima distribución de la riqueza, la pérdida de valores cívicos, morales y religiosos, de convicciones en la solidaridad humana y de amor a la Patria”.

Todo lo que antecede no es sino una biografía incompleta y compendiada del P. Olaso. En el mejor de los casos, no pasa de ser un resumen del calendario de una vida y de una obra. Lo había resumido ya, él mejor que nadie, cuando, en un informe jesuítico interno de hace poco más de 10 años, respondía, así y en ese orden de prioridades, a la pregunta por sus aficiones, habilidades, experiencias: “docencia universitaria, asesoramiento de movimientos juveniles universitarios, cursillos y ejercicios espirituales, promoción social”. Esa fue su vida en Venezuela. Ese fue el personaje.

TRES RASGOS DE UN PERFIL

De mucho mayor interés sería -pien-

so- intentar ahora el esbozo de algunos rasgos de su perfil humano, sobre todo de aquellos que lo hacen singular, excepcionalmente singular. Dejando a un lado lo fácilmente deducible de lo apuntado arriba (prestigio académico, honestidad, capacidad de trabajo, vocación docente y pastoral, dedicación, amor por Venezuela, sensibilidad social...), quiero fijar mi atención brevemente en dos o tres características de la personalidad del P. Olaso, quizás no tan obvias o patentes, signadas por lo paradójico, a ratos hasta desconcertantes.

Inequívocamente respetuoso de la institucionalidad vigente, Luis María Olaso no abdicó jamás de su libertad frente a lo establecido. Nunca fue ficha de institución alguna. Metódico y disciplinado, siempre le gustó transitar vías libres y caminos nuevos. Formado en patrones tradicionales, tuvo una extraordinaria capacidad de vibrar con lo no convencional. Muy sacerdote, por ejemplo, pero nada clerical. Aunque el detalle, “vestimentario”, pueda parecer insignificante, lo recuerdo como uno de los primeros y más regularmente “encorbatados” sacerdotes de la Iglesia Venezolana. Desde luego -mucho más importante- se embarcó rápido en las nuevas directrices del Concilio Vaticano II, así como de “Medellín” y “Puebla”.

Un segundo rasgo, sin duda derivado de su inteligente bondad, tiene que ver con su refinado sentido del humor. Alejado siempre de la burla y de la ironía destructiva, una cierta picardía asomaba habitualmente por entre su sonrisa y sus ojillos amables y penetrantes. Cercanía, comprensión, calidez, pero también respetuosa y elegante distancia. Habilidadoso para el regate, sabía jugar al desconcierto. Con frecuencia simulaba ignorancia para evidenciar al interlocutor y también

para acercarlo. Siempre servicial, receptivo, amable, entero.

Hay un tercer rasgo mayor, que no puede dejar de ser destacado. Luis María Olaso era un hombre muy fuerte, en su aparente debilidad. No se trataba meramente de la fortaleza del débil, en el sentido estricto de la expresión bíblica, sino más bien de la fortaleza del fuerte que parece débil. Pienso que él conocía muy bien e incluso aprovechaba sabiamente el efecto desconcertante de esa cualidad suya. En todo caso, la fragilidad de su presencia, que inspiraba a muchos ternura y hasta compasión, escondía un extraordinario temple y una descomunal fortaleza. Practicaba a la perfección aquello de la “no-violencia activa”, muy activa por cierto en su caso. Sólo un hombre fuerte asume en la Fiscalía el cargo que asumió, en el momento y a la edad en que lo asumió. Sólo un hombre fuerte, a modo de ejemplo, comanda el equipo de fiscales que decide entrar en una cárcel cualquiera a la hora más insospechada de la madrugada, a fin de poderla investigar con funcionarios desprevénidos.

Fortaleza y valor. No le tenía miedo a nada ni a nadie. Tenaz en sus propósitos, llegaba donde creía que debía llegar. Con la solidez de un peso pesado, desconcertaba a cualquiera con la suave amabilidad de sus formas. En reciente nota de prensa, Alberto Barrera lo recordaba como “Olasito”, “un ángel diminuto en mitad de la jauría”, “un nuevo David contra los Goliat de turno”.

No es un lugar común, en este caso, afirmar que Venezuela acaba de perder a un gran venezolano. De todas maneras, el P. Olaso merece ya descansar en paz. ▣

José Ignacio Rey es jesuita, miembro del Consejo de Redacción de Comunicación y del Centro Gumilla.